

La enseñanza de la Literatura y la Filosofía en la Educación Media Superior

Alexander Sanabria Aranda

Hablar de humanidades no es sencillo; especialmente si consideramos la polisemia del vocablo. Desde hace siglos, es un término que ha englobado a un grupo de disciplinas como la filosofía, la psicología, los estudios filológicos y la historia; sin embargo, no parece ser claro el criterio para formar o no parte de ellas. ¿Qué son las humanidades? ¿Son todas las disciplinas que ubican al ser humano como centro de las cosas?, ¿aquellas disciplinas que no utilizan el método científico?, ¿aquellas que tienen como objetivo (o función) reflexionar sobre la condición humana? Dado que este no es el punto central de esta ponencia, consideraré, como se ha hecho tradicionalmente, que las humanidades son un conjunto de disciplinas que estudian al ser humano desde una perspectiva crítica, histórica y cultural. A diferencia de las ciencias exactas, que suelen centrarse en los fenómenos físicos y medibles, las humanidades se enfocan en comprender la experiencia humana en sus múltiples dimensiones: el pensamiento, la creatividad, los valores, el lenguaje, la historia y las expresiones culturales. De este modo, entre las áreas que conforman las humanidades se encontrarían la historia, las artes, la lingüística, la literatura y, por supuesto, la filosofía.

Estas últimas disciplinas, literatura y filosofía, suelen destacar como aquellas fundamentales por explorar la condición humana desde siglos atrás, aún antes de las universidades y de la educación escolarizada.

La filosofía, desde sus orígenes en la antigüedad, se ha propuesto examinar las grandes preguntas del ser, la verdad, la justicia, el bien, el conocimiento e incluso la mera existencia. Su método es reflexivo y argumentativo: mediante el razonamiento crítico, busca llegar a una comprensión más clara de los principios que rigen nuestra vida individual y colectiva. Esta búsqueda no tiene (ni debería tener) únicamente un fin teórico; tiene implicaciones prácticas, éticas y políticas que

influyen directamente en cómo vivimos. Por ello, la filosofía no solo forma parte de las humanidades, sino que es uno de sus pilares más antiguos y esenciales.

Por su parte, la literatura constituye otro eje central de las humanidades. Ésta ofrece una vía única para acceder a las emociones, pensamientos y visiones del mundo de distintos individuos y culturas a lo largo del tiempo. Mediante la creación de personajes, situaciones y mundos posibles, la literatura da voz a la diversidad humana y permite explorar realidades desde dentro. Lejos de ser un mero entretenimiento, la literatura ha cumplido una función social a través del tiempo: darle orden y sentido al mundo, como los mitos; retratar el pensamiento de una época, como las novelas; pretender un cambio en la mentalidad o el actuar de una sociedad, como la literatura de compromiso social; dejar registro y denuncia de injusticias y eventos que marcan a la humanidad, como la literatura testimonial; e incluso, abrir espacios para imaginar otras formas de vida. En este sentido, su valor humanístico reside en su capacidad de ampliar nuestra sensibilidad, nuestra empatía y nuestra conciencia histórica.

La literatura y la filosofía en el bachillerato del siglo XXI

Una vez explicitada la condición de humanidades de ambas, habría que observar qué ha pasado con estas disciplinas en la actualidad: ¿qué ha sido (o qué es) de ellas en el bachillerato actual?

En las últimas décadas, los sistemas educativos han tendido a orientarse cada vez más hacia modelos basados en la utilidad inmediata, la empleabilidad y la adaptación a las exigencias del mercado laboral, como el enfoque por competencias. Esta dirección responde a una preocupación comprensible, tanto de estudiantes, padres de familia, así como de autoridades: preparar a los estudiantes para un mundo cada vez más competitivo y tecnológicamente avanzado. No se puede negar que este enfoque ha buscado, con buena intención, responder a las demandas de un entorno cambiante. Sin embargo, en medio de esa búsqueda legítima por la eficiencia y la productividad, algunas áreas del saber han sido

relegadas a un segundo plano. Tal es el caso de la filosofía y de la literatura, disciplinas que pertenecen al corazón mismo de las humanidades.

La Nueva Escuela Mexicana representa un esfuerzo valioso y necesario por replantear los fines de la educación en nuestro país. Su propuesta busca dejar atrás modelos centrados exclusivamente en la utilidad inmediata y apostar, en cambio, por una formación integral, crítica y humanista. En este nuevo enfoque, se reconoce que la educación no debe limitarse a la transmisión de conocimientos técnicos, sino que debe formar ciudadanos capaces de reflexionar, dialogar y participar activamente en la transformación de su entorno. Este giro, sin duda, es un paso alentador hacia una educación más completa y consciente. No obstante, disciplinas como la Filosofía y la Literatura no se han abordado de la mejor manera.

Pese a que resulta especialmente positivo que la Nueva Escuela Mexicana haya otorgado un lugar importante a la Filosofía dentro del currículo escolar, ofreciendo tres cursos obligatorios bajo las UAC de Humanidades, tal como diversos expertos y docentes de Filosofía han señalado, los contenidos de estos cursos deben ser revisados, pues no basta con nombrarlas, sino que debe cuidarse su profundidad y pertinencia.

En cuanto a la Literatura, resulta impactante que ésta no haya recibido una atención similar en la creación del nuevo mapa curricular. El mapa curricular actual de la NEM presenta una UAC subsecuente a las de Lengua y Comunicación, llamada Pensamiento Literario. Se trata de un único curso semestral, insuficiente no sólo para cubrir los contenidos básicos, sino también para desarrollar las habilidades necesarias que permitan alcanzar un pensamiento literario.

Literatura y Filosofía: necesidades y objetivos compartidos

Entenderemos, entonces, que tanto la Literatura como la Filosofía comparten necesidades en su inclusión dentro de la educación media superior. Primero, y como he mencionado antes, una visión humanista e integral de la educación, la cual parece estar presente en los fundamentos de la NEM; segundo, una revaloración

de la manera en que se les trata a estas disciplinas, pues no basta con adoptar un modelo educativo que se aleje de la lógica utilitarista. Para que disciplinas como la Filosofía y la Literatura realmente ocupen el lugar que les corresponde en la formación integral de los estudiantes, es indispensable repensar no sólo los contenidos, sino también la carga curricular asignados a cada una a partir de un diagnóstico profundo. La sola inclusión nominal de estas áreas en el plan de estudios no garantiza una educación humanista; lo que se necesita es una revaloración real y comprometida, que parta de un análisis profundo sobre lo que cada disciplina requiere para ser enseñada con eficacia y profundidad en el contexto del bachillerato mexicano.

En el caso de la literatura, por ejemplo, el contar con una sola unidad de aprendizaje curricular implica un problema grave: dado que la literatura es un arte extremadamente complejo, y su estudio lo es aún más, ésta requiere de bases formales para entenderse y, posteriormente, del desarrollo de pensamiento crítico específico, de un pensamiento literario, para comprenderlo. En este aspecto, una UAC centrada en el pensamiento literario parece un excelente augurio; pero el problema resulta en su limitación, al ser únicamente una UAC. Especialmente porque las bases de la literatura no se profundizan en ninguna otra: las de Lengua y Comunicación se acercan a la superficie narratológica y estructural de la narrativa, utilizan el teatro sólo como historias adicionales que leer, y omiten totalmente a la poesía; Humanidades pasa de cualquier tema formal o de contenido de la literatura; y no existe otra UAC de Literatura antes de pretender llegar al pensamiento literario.

Dentro de esta necesaria revaloración, deberíamos reflexionar sobre el papel que la literatura y la filosofía pueden desempeñar como herramientas complementarias la una a la otra, que pudieran enriquecer el currículo y nuestra labor como docentes. Para ello, debemos identificar los objetivos compartidos entre la enseñanza de la literatura y de la filosofía.

En primer lugar, tanto la filosofía como la literatura tienen, entre sus objetivos más valiosos, el desarrollo de un pensamiento crítico y complejo. Estas clases no

deberían tratarse únicamente de que los estudiantes memoricen conceptos filosóficos ni de que únicamente lean y conozcan obras literarias representativas, sino de que aprendan a formular preguntas, a analizar distintas perspectivas y problemas que enfrentan en su vida y en la sociedad, y que han acompañado al ser humano por siglos.

En los cursos de filosofía, por ejemplo, la discusión de temas como la justicia, la libertad o la responsabilidad moral exige que los alumnos consideren diferentes posturas, evalúen sus fundamentos y contrasten esas ideas con su propia experiencia, lo que no solo estimula la capacidad de razonar, sino también la de cuestionar aquello que parece obvio. Por su parte, las clases de literatura contribuyen a este mismo objetivo de manera distinta, pero complementaria: el género narrativo y el dramático presentan situaciones humanas complejas que no tienen una única interpretación correcta y que pueden detonar discusiones éticas. En la tragedia de *Antígona*, el estudiante se enfrenta al conflicto entre la ley civil y la ley moral, mientras que en la narrativa de ciencia ficción el estudiante se enfrenta a dilemas éticos sobre la responsabilidad de la ciencia y el desarrollo tecnológico. El género lírico, por su parte, tiene características muy particulares; dentro de ellas están la métrica, la rima y la construcción de figuras literarias complejas. Encontrar y desentrañar el mensaje oculto entre las redes y enredaderas que es la poesía es un reto cognitivo que requiere del desarrollo del pensamiento complejo, que además involucra reconocer el contexto de emisión del poema. Desde lo más básico como comprender que Gutierre de Cetina no le habla literalmente a un par de ojos en su madrigal; por qué Sor Juana nos menciona en su *Primero Sueño* los “dormidos, siempre mudos, peces” si los peces siempre son mudos; hasta qué implicaciones tuvo, literaria y socialmente, que Juana de Irbourou escribiera que su sujeto lírico se queda absorta observando un supuesto carro de trigo. Estos textos no ofrecen respuestas cerradas, sino que invitan a pensar críticamente, a inferir, a imaginar posibilidades.

En ambos casos, filosofía y literatura, se construye una forma de pensamiento que no se conforma con lo evidente, que aprende a habitar la duda, a explorar la ambigüedad y a reconocer la complejidad del mundo humano.

Otro objetivo compartido entre ambas disciplinas es el desarrollo de las habilidades argumentativas de los estudiantes, fundamentales para la formación de ser humanos críticos. En el caso de la filosofía, estas habilidades se trabajan mediante el estudio de la lógica: la identificación de falacias, la evaluación de las premisas y la construcción de razonamientos coherentes. Con estas herramientas, el estudiante no sólo puede participar en debates escolares, sino que se vuelve capaz de reflexionar profundamente sobre aquellos problemas que le aquejen a él o a su comunidad. Por su parte, en la literatura se desarrollan estas habilidades mediante la lectura analítica de diversos textos, incluyendo el ensayo. Asimismo, desde la producción de una crítica impresionista sobre un texto literario hasta la redacción de textos más complejos como las reseñas o los comentarios críticos el estudiante se ve obligado a justificar sus opiniones e interpretaciones con fragmentos textuales. En el proceso de análisis literario se cultiva la capacidad del estudiantado de interpretar significados múltiples y simbólicos, de dialogar con interpretaciones distintas sobre un mismo texto, así como evaluarlas, complementarlas o rebatirlas.

De este modo, si consideramos que ambas disciplinas comparten los objetivos anteriores, quizás sería posible (y deseable) diseñar actividades didácticas donde ambas disciplinas se entrecrucen y se enriquezcan mutuamente. La filosofía puede valerse de textos literarios para generar discusiones alrededor de dilemas éticos: *Crimen y castigo* o *Los miserables* sobre la justicia y la culpa; *El diario de Ana Frank* sobre tolerancia y respeto; e incluso textos contemporáneos como *El invencible verano de Liliana* pueden ser útiles para generar empatía y reflexión por parte de los estudiantes hacia conflictos, lamentablemente, graves y vigentes en nuestra sociedad, como el machismo, la violencia de género y los feminicidios. La narrativa puede ilustrar problemas éticos a los que a los estudiantes les costaría

comprender de otro modo. Por su lado, los cursos de literatura pueden beneficiarse de elementos filosóficos, como el análisis lógico, para la redacción de ensayos, en los que se requiere sostener una tesis mediante argumentos claros y coherentes.

A pesar de las posibilidades infinitas de cooperación entre las asignaturas, he de resaltar que mi propuesta no implica que entre los cursos de filosofía y de literatura exista una relación de subordinación de ninguna parte. La enseñanza de la literatura, por ejemplo, no podría subordinarse a la reflexión ética ni a la mera lectura de textos para que sean analizados filosóficamente en clase de Humanidades, pues como he mencionado este arte es complejo y amerita desarrollar en los estudiantes habilidades filológicas que les permitan tener la sensibilidad para apreciar la estética de un texto, el conocimiento para comprender cómo el contexto social determinó la creación del texto que tienen en sus manos, cuál fue el impacto de dicho texto en esa o en la siguiente corriente literaria. Del mismo modo, la filosofía no puede estar subordinada a la redacción de textos argumentativos para la clase de literatura.

Finalmente, reitero la necesidad que nuestras disciplinas comparten en tanto una revaloración de éstas en el plan de estudios y mapa curricular actual de nuestros jóvenes estudiantes; las humanidades, filosofía y literatura, tienen habilidades inmensamente valiosas que ofrecerle a nuestra sociedad y es nuestro deber velar por que las futuras generaciones puedan aprovecharlas completamente.

Referencias

Fernández Martín, P. (2008). La enseñanza de la literatura por tareas. Una propuesta didáctica para alumnos de bachillerato. *Didáctica. Lengua y literatura*, 20, 61-87.

Rivero Franyutti, A. (2013). ¿Qué son hoy las humanidades y cuál ha sido su valor en la universidad? *Revista de la educación superior*, 42(167), 81-100.

Saladino García, A. (1994). Humanidades. Concepto e identidad. *La Colmena: Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, 3, 40-44.